

Ante la muerte de un amigo

JUAN ANTONIO PANIAGUA (*)

BIBLID [0211-9536(2001) 21; 447-452]

Fecha de aceptación: junio de 2001

Cuando fallece un amigo con menos edad que la que yo tengo, siento —junto al dolor por su pérdida— un deje de aquel sabor que produce la mala conciencia. Es una vaga impresión de haberme escaqueado: de haberme salido de la fila de los que avanzan por la existencia, permitiendo que se adelante quien venía detrás. Ya veo que se trata de un sentimiento bien tonto; pero que ahora, al producirse la muerte de Luis García Ballester, ha añadido el hondón de mi alma. Y es que él tenía quince años menos que yo y de su hombro colgaba un zurrón repleto de sugestivos proyectos.

Tratando de evocar lo que fue nuestra amistad personal y nuestra colaboración científica, a lo largo de treinta y cinco años, he recurrido —a fuer de historiador— al repaso de los documentos que testifican esa doble relación: a las cartas que Luis me escribió y que celosamente conservo. Echando cuentas del tiempo transcurrido, advierto que no fueron muchas las jornadas de nuestra convivencia. Estas mismas cartas revelan diversos intentos fallidos de coincidir por algún tiempo para trabajar juntos: el alejamiento geográfico y los quehaceres respectivos impidieron en muchas ocasiones el proyectado encuentro. Y como entonces no existía otro medio de comunicación rápida que el teléfono,

(*) Profesor Ordinario de Historia de la Medicina jubilado. Departamento de Humanidades Biomédicas. Facultad de Medicina. Avda. de Irunlarrea, s/n. Universidad de Navarra. 31008 Pamplona.

el cual se usaba parcamente, la mutua relación había que mantenerla por vía postal.

Tengo muchas cartas de Luis: son casi siempre cartas largas y expresivas en las que se entremezclan las noticias derivadas de nuestra tarea de investigación con aquellas otras que reflejan los acontecimientos de nuestro vivir cotidiano. Ciertamente, el género epistolar —hoy decaído— posee una insustituible capacidad de expresión, la cual revive eficazmente cuando se leen esas hojas manuscritas ya amarillas. Las he releído ahora morosamente, saboreando su contenido, reviviendo las situaciones que muchas de ellas evocan... y, ante algunos de estos recuerdos, me he conmovido hondamente. Queriendo comunicar, en homenaje a Luis, este sentimiento mío, pensé en hacer un espiguelo de pasajes de sus cartas que llevaran a penetrar en lo íntimo de la persona que, en su día, las había redactado. Pero no me he atrevido a hacerlo por un elemental sentido del pudor. En sus cartas, Luis me hacía depositario de vivencias suyas que no son para publicar y, a veces, me dedicaba elogios que no son para difundir: hacer otra cosa sería indiscreción con respecto a lo primero e inmodestia para lo segundo. En el diálogo epistolar las cosas se dicen para alguien y se enmarcan en una determinada coyuntura. Otra cosa sería sacarlas de quicio.

Lo que sí queda claro es que Luis y yo éramos a la vez colegas y amigos. Colaborábamos en nuestras investigaciones sobre la medicina medieval y nos sentíamos unidos por esa coincidencia de criterios y de afectos —*sympátheia*— que crean unidad y armonía entre dos seres que, de por sí, son diversos. Siempre se ha dicho que toda amistad supone igualdad. Y es bien cierto. A Luis y a mí nos unía nuestro común interés intelectual y nuestro semejante temperamento emocional y sensible. Nos profesábamos mutua estimación; que en Luis se matizaba por una actitud de respeto hacia mí, y que en mí se hacía admirativo asombro ante su capacidad para afrontar nuevas empresas. Y en esto apunta una disparidad de caracteres que, lejos de lesionar la amistad le daba peculiar aliciente, a través de la polaridad que producía: Luis era un «primario», en el que cobraba cuerpo aquel «pensat i fet» de su tierra valenciana; con una decisión fulgurante por la puesta en práctica de lo que veía como factible —lo cual nada tiene que ver con la precipitación—. Yo soy un típico «secundario», que deja entre la idea y el hecho cierta

demora, que trato de que sea prudencia, aunque me temo que resulte rémora alguna vez. Algo de esto se apuntará en este relato.

Había conocido a Luis García Ballester, en 1962, como uno de los que formaban el pequeño grupo de jóvenes que, en la Facultad de Medicina de Valencia, secundaban el empeño del flamante profesor José María López Piñero por hacer un estudio serio de la historia de su profesión. Con ellos estuve en mayo de 1962 contándoles lo que había investigado acerca de Arnau de Vilanova. De este grupo —sucesivamente acrecentado— me vi gustosamente rodeado en los dos primeros Congresos de la Sociedad Española de Historia de la Medicina: Madrid (1963) y Salamanca (1965). Pronto destacó ante mis ojos la figura de Luis al confiarle la redacción de parte de las voces que yo había pedido a José María para el Diccionario de la Cultura Española. Pero la primera carta que conservo está fechada el 2 de julio de 1967: en ella me agradecía el envío de cierta información que le interesaba para sus trabajos en curso, me manifestaba la impresión que le había causado la exposición del conjunto de mis estudios arnaldianos que hice en una sesión de la Sociedad Española de Historia de la Medicina a la que él había asistido y, con cierto énfasis, concluía: «Esta carta que le escribo hoy es para mí un honor y una satisfacción, pues me relaciona con usted científicamente y me hace posible el decirle que estoy a su completa disposición en la medida de sus posibilidades». Ahí comenzaba, pues, nuestra relación profesional. Y poco después cabe fechar el inicio de nuestra relación amistosa, cuando el 17 de julio del año siguiente, apeando ya el tratamiento, me felicita con emotivas expresiones por ese acontecimiento de mi vida que fue la ordenación sacerdotal.

En ese año 1968, Luis García Ballester obtenía su grado de doctor, y al lado de José María López Piñero afrontaba la organización del tercer Congreso Nacional de nuestra disciplina, que con gran brillantez iba a celebrarse en Valencia, en mayo de 1969. He de agradecer a Luis el empeño que puso para lograr la edición de mi estudio: *El Maestro Arnau de Vilanova, médico*; él tecléo letra a letra su texto y él lo tiró en *offset* valiéndose de un aparato prestado. Ciertamente, no salió una obra perfecta; pero se logró un volumen que sería distribuido entre los congresistas, antes de proceder a la difusión de la que es la más conocida y citada de todas mis publicaciones.

Cuatro años después, el profesor Ballester, ya catedrático, sería anfitrión, en Granada, del cuarto Congreso. Allí sugirió la idea de proceder a la edición crítica de las obras médicas de Arnau de Vilanova: ardua empresa que iba a comprometer sus mejores esfuerzos en los veinticinco últimos años de su vida. No voy a recordar aquí la génesis de esta tarea, pues Luis y yo la expusimos recientemente en Barcelona, en un acto conmemorativo del cuarto de siglo transcurrido en este empeño, en el que Michael R. McVaugh, autor del primer volumen, presentaba el undécimo de la colección, pues el texto de nuestras intervenciones va a ser publicado en la serie *Col·loquis de la Societat Catalana d'Història de la Ciència i de la Tècnica*. Únicamente recordaré que, en 1975, dejé en el Departamento de Granada, fotocopia de todo el material por mí acopiado hasta entonces, con noticias de manuscritos y ediciones de la producción científica arnaldiana. Y que, inmediatamente, Luis se puso en marcha para verificar, corregir y ampliar esos datos en las bibliotecas europeas. Copio de una carta suya, fechada en 8 de junio de 1975: «Recién llegado de Viena, Praga, Cracovia, Breslau, Ginebra, Zurich, y preparando el salto para Erfurt, Leipzig y Munich, te escribo para darte noticia de cómo va la recogida de material». Al mes siguiente, el 22 de julio, desde Zurich, acusa la dificultad derivada del último resto de la división europea: «La policía de frontera no me dejó entrar en Alemania oriental (DDR), y el rico fondo de Erfurt y Leipzig está por ver. Son necesarios permisos especiales para trabajar en las bibliotecas de la DDR y yo no los tenía. Pero he conectado con gente de allí y espero volver en los próximos meses». Naturalmente, lo lograría. Ya desde Granada, me escribe el 24 de diciembre: «Estoy recién venido de un mes en la DDR, donde, por fin, pude entrar a trabajar. Visité Dresden, Leipzig, Erfurt y Berlín (E y W). El viaje merecía la pena». Después recorrería el resto de Europa y pasaría a Norteamérica. Y en 1978, me enviaría la inmensa relación de manuscritos arnaldianos por él elaborada, para que yo procediera a su revisión. Tarea a la que dedicaría todo el verano de aquel año y que sería parte de mi aportación al conjunto de la empresa que Luis designaba como «proyecto Arnau».

Pero quedaba pendiente la elaboración del volumen que me había encomendado: el correspondiente a las *Medicationis parabolae*, que Luis quería que apareciese a continuación del ya preparado por McVaugh.

En este punto, he de manifestar mi pesar por lo que hice sufrir a Luis por mis dilaciones. Toda nuestra correspondencia a lo largo de tres lustros es un tira y afloja de urgencias y de demoras, en el que las exigencias de Luis venían matizadas por su comprensión de las dificultades que presentaba mi trabajo. Pero la necesidad de seguir produciendo nuevos volúmenes para cumplir los compromisos editoriales, me obligó a aceptar la propuesta —casi ultimátum— de Luis para publicar el texto de las «parábolas» con su aparato crítico correspondiente, en 1990; dejando el estudio de su contenido y las notas a su texto, para una segunda parte del volumen que —junto con las restantes series de aforismos clínicos— habría de aparecer en 1993, en colaboración con Pedro Gil-Sotres.

El esfuerzo de Luis García Ballester en la ejecución del «proyecto Arnau» fue tremendo: desde el impulso a los autores, hasta el acabado de las ediciones —muchas veces en la imprenta misma—; además de la promoción de recursos por él gestionados en diversas instituciones. Y todo ello, con frecuentes enfermedades, con multitud de instancias a las que atender y con la elaboración de otros trabajos científicos, tanto en el campo de la medicina bajomedieval como en el del galenismo. En el curso del proceso que le llevó a la muerte aprovechó todos los respiros que le permitía la terapia para seguir trabajando. Así lo vi en la visita que le hice en Puente Arce, en agosto de 1999; y así me lo cuenta en la última carta que de él tengo del 16 de noviembre de aquel año.

Redacto estos recuerdos en mi antiguo despacho de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra. A Luis le gustaba venir por aquí; charlar con Pedro y conmigo y trabajar en nuestra Biblioteca de Humanidades. Fue iniciativa suya la celebración de reuniones de los docentes de Historia de la Medicina de Zaragoza, Santander y Pamplona, en cualquiera de esas ciudades, pero sobre todo aquí, por estar a medio camino: los llamábamos «Seminarios del Ebro». Mis discípulos acabarían siéndolo suyos. Jon Arrizabalaga, después de años adscrito a la cátedra de Zaragoza, al trasladarse, en 1982, el prof. Balaguer a Alicante, fue el apoyo de Luis, cuando este llegó a Santander y luego le siguió a Barcelona, quedándose allí cuando Luis retornó a Cantabria, pero manteniendo una estrecha relación hasta el día de su muerte. Pedro

Gil-Sotres, desde su incorporación a mi cátedra, en 1981, fue progresivamente entrando en la órbita del magisterio de Luis. Con ellos y con otro antiguo alumno, el profesor de bioquímica Félix Goñi, intervino Luis en el Acto de homenaje que me ofreció la Universidad de Navarra el 4 de noviembre de 1994; y más vale que sus palabras quedaran inéditas porque su amistad hacía desmesurados elogios de mi persona.

Tengo ante mis ojos la fotografía en la que estamos Michael R. McVaugh, Luis y yo en el despacho de Jon el 15 de mayo del año pasado, en el encuentro que antes he mencionado. En ella aparece con el rostro radiante, expresión de una animosa vitalidad que bien acreditó a lo largo de aquella jornada en la que festejábamos los 25 años del «proyecto Arnau». Parecía que, una vez más el fuerte espíritu de Luis iba a tirar de la debilidad de su cuerpo. Pero no fue así. A los pocos meses de aquel encuentro, la recaída fue definitiva. Se apagó prematuramente aquella vida tan llena. Luis fue un trabajador incansable; fue una mente preclara; fue un corazón generoso y agradecido: ¡cómo se desprende de las cartas tuyas que conservo la finura de su gratitud por cada uno de los alivios que pude proporcionarle! Ahí queda su buena memoria para evocarla. Ahí queda su obra hecha para utilizarla. Ahí queda su obra esbozada para proseguirla: concretamente, habrá que empujar su «proyecto Arnau» hasta su conclusión. Los profesores Arrizabalaga, Gil-Sotres, McVaugh y Salmón se han comprometido a hacerlo, y yo —viejo ya para ayudarles— no dejaré de reclamárselo mientras tenga voz para hacerlo.